

DECLARACIÓN PÚBLICA  
EN CONFERENCIA DE PRENSA  
CON OCASIÓN DE HABER RECIBIDO LA NACIONALIDAD CHILENA  
POR GRACIA

CLAUDIO DI GIROLAMO

11 DE ABRIL DE 1997

Hablo hoy desde esta comunidad y desde este espacio porque es uno de los tantos que me han acogido y brindado su afecto y confianza. Desde este lugar que está lleno de voces, de ideas, dudas y reflexiones, en el que he podido entregar, en el último tiempo de mi ya larga permanencia en este país, toda mi capacidad creativa en una relación fecunda con las nuevas generaciones.

Creo que es bueno volver a hablar precisamente aquí, después de un silencio de reflexión y de intensa búsqueda de respuestas; que esto ocurra en un ámbito universitario que representa en el imaginario colectivo el lugar en el cual se forja, “con obstinado rigor”, la definición de nuestras propias vocaciones e historias personales.

Y eso es precisamente lo que quiero compartir con todos ustedes...

Se nos ha concedido a mi padre y a mí la nacionalidad chilena por gracia.

La idea de Nación remite a un territorio, a una historia y a un conjunto de relaciones biográficas, emotivas, todas ellas del ámbito de los sentimientos.

¿Desde cuándo soy chileno? o lo que es igual, ¿cuál ha sido mi propio camino para construir esta condición?.

Empecemos por el idioma.

Cierto es que el habla castellana, francesa, portuguesa e italiana son las distintas formas de hablar con modismos un sólo idioma: el latín. Alguien diría que son todas, “latines”, extrañamente hablados. Pero importa el habla porque condensa la cotidianeidad de la existencia.

En este mismo momento, recuerdo mi llegada a Chile, en el lejano 1948.

Era un país infinitamente distinto del actual y pletórico de vida cultural y artística que emanaba de las Universidades, una tierra regada por la poesía de Pablo y Gabriela y con ciudades de cielos transparentes, con tranvías y adoquines.

Con meses de marzo en los cuales efectivamente comenzaba a llover, con carritos de caballo que repartían leche y pan, sin malls ni supermercados, con paradas militares donde aún desfilaban algunos veteranos del '79, ancianos de paso marcial. Un Chile que vivía en las ansias del “gobernar es educar”, en los deseos de industrializarse.

No existe un lenguaje emotivo que permita trasladar en el tiempo y replicar la profunda vivencia de los recuerdos, las imágenes, los rostros que poblaron los días transcurridos.. Todo lo que yo pueda decir hoy, será siempre una referencia lejana de lo que siento al poner de nuevo en el corazón tanta vida pasada.

Digamos que desde que la familia di Girolamo optó por atravesar de un continente a otro, de una historia a otra, se comenzó a tejer una relación misteriosa con esa “otra patria” aún desconocida que se convertiría en su nuevo hogar.

Porque se es de donde se vive, de donde se funda una familia, de donde se construye una historia de amor, de amistad y de trabajo, de donde se echan raíces. Mis raíces están hundidas en esta tierra, mi vida está impregnada de estos paisajes naturales y humanos.

Es aquí, donde mis sueños y esperanzas se hicieron realidad, obra amorosa y duradera.

Es casi imposible recrear las vivencias que marcaron los primeros años en estas latitudes.

Pero les diré que me parece innecesario, frente a los que me conocen, con quienes he compartido vida, arte, academia, sinsabores y alegrías, tener que fundamentar desde una perspectiva temporal lo que siento al concedérseme la nacionalidad chilena... pues ella venía acompañándome hace un buen rato.

Mi propia vocación de servicio a este país, que comencé a sentir de verdad mío hace muchísimos años, la encontré en el momento en que tuve la suerte de ligar mi vida con aquella de los pobres y marginados.

Desde entonces me he sentido corresponsable de la construcción de una historia común. Ya no pude mirar desde la lejanía el paso de los acontecimientos que iban entrelazando en forma indisoluble mi propia

historia personal con la de Chile.

A las raíces que no se pueden ni deben olvidar, las de mi querida Italia, se iban sobreponiendo con vigor aquellas que mi mujer, mis hijos y mis nietos chilenos hacían crecer, día a día, en el hermoso rito de la creación de una nueva familia.

A todo esto se iban sumando las obras que, en mi actividad profesional y docente, iba dejando adheridas en las paredes y en los espíritus, a través de la pintura, el teatro, la televisión, el cine y la enseñanza.

Al mirar hacia atrás, me doy cuenta de que nada de todo eso habría sido posible sin la acogida, el cariño y el apoyo solidario de este pueblo. Todas nuestras acciones no son otra cosa que un signo de gratitud y reconocimiento. Chile ha dado alas a nuestra libertad creadora.

Digo **nuestras** porque, en el tráfago de los últimos acontecimientos, la figura de mi padre ha quedado desdibujada y casi olvidada.

Quiero decirles aquí que él es el Maestro que, en el trabajo silencioso de su taller y con humildad infinita, ha dejado a Chile el regalo de lo mejor de sí mismo. Baste con mencionar una de sus tantas obras que han dejado una huella imborrable de belleza en este país.

La decoración de la Catedral de Linares, con su espléndido mosaico y los diseños de todo su interior; el altar, presbiterio, pavimentos y lámparas, todo eso constituye un ejemplo de excelencia artística difícil de igualar.

Nada más merecido para él que el honor que se le ha otorgado.

Por mi parte, y en nombre de ambos, agradezco el gesto de las Autoridades de Chile que no hace más que ratificar un compromiso antiguo y siempre nuevo con esta biografía social y colectiva llamada Chile.

Siento que mi hermano Vittorio, por su voluntad, no haya accedido a compartir este honor con nosotros. Respeto su decisión pero siento el deber de afirmar públicamente que tiene méritos

sobrados para recibirlo.

Cuenten con mi más profunda amistad y mi emocionado agradecimiento todos aquellos que han seguido de cerca las extrañas vicisitudes de este “caso” de la legalización de mi nacionalidad chilena, acompañándome con su apoyo solidario y su cariño.

Por último, unas palabras de reconocimiento a los medios de comunicación que han respetado mi silencio; sobre todo a los amigos periodistas que han sabido comprender mi decisión y no me han acosado con insistencias indebidas.

Quiero manifestarles que aprecio grandemente su actitud porque conozco las presiones que pueden haber soportado en sus propios lugares de trabajo. Agradezco su paciencia y su constancia.

Muchas gracias.

Claudio di Girolamo

Universidad ARCIS, Santiago, Abril de 1997